

gástula donde los encierran los reyes de Francia. El cisma, no ya aquel entre el Oriente y el Occidente que se comprende por la diversa complexion de las razas, por las opuestas tradiciones de la historia de dos grandes comarcas, por la rivalidad eterna entre Roma y Constantinopla, por la antitésis metafísica entre el Oriente y el Occidente, por tantas y tantas causas trascendentales como explican la ereccion de un patriarcado allá en las puertas eternas del Asia y de un Pontificado aquí en el centro luminoso de Europa, el cisma de Occidente nace de causas mas pequeñas, como nacen los gusanos de la podredumbre; nace de la desorganizacion del cardenato, de la rivalidad entre los príncipes eclesiásticos, de la completa falta de fe en los pueblos y en los reyes, del predominio de la política sobre la religion, de las irreverencias y de las dudas, de las ideas letales para el catolicismo que se han sembrado á los cuatro vientos, que han caido sobre todas las conciencias y que han estallado fulminando rayos sobre la áurea tiara de los heridos Pontífices. A todo esto sucede la reunion de los Concilios, verdaderas Asambleas revolucionarias, donde la forma monárquica de la Iglesia se rompe, la unidad pontificia se quebranta, el Papa se disuelve en la Iglesia, la Iglesia en el clero, el clero en los fieles, oyéndose por todas partes los asomos de una revolucion religiosa que, para semejar mas á la revolucion política, llama los Papas á su tribunal y los juzga como ciertas Convenciones de eterna memoria han de juzgar mas tarde á los reyes. Resumamos. El valimiento de las herejías, la sumision del poder pontificio al poder civil, la larga cautividad en tierra francesa, la disolucion de los templarios, las exageraciones de los órdenes mendicantes, el espíritu de los Concilios ecuménicos revelan la descomposicion de los poderes fundamentales de la Edad media y el inevitable advenimiento de grandes y poderosas fuerzas revolucionarias.

Vamos á la narracion sencilla de los hechos. No ha muerto con Bonifacio VIII un Papa, no; ha muerto realmente una institucion. La fábula aquella, reproducida sin duda de la célebre helénica que se conoce con el nombre de Eteocles y Polinice, la fábula de la muerte de los dos hermanos, Güelfo y Gibelino, se cumple exactamente, porque el partido güelfo queda anonadado con el Papa Bonifacio y el partido contrario anonadado á su vez con el Príncipe Coradino. El Imperio no tiene partidarios que le favorezcan;

y en vano escribe Dante su libro maravilloso acerca de esta institucion para recomendarla calurosamente á Italia y rehacerla en el ánimo y en el espíritu de los pueblos. Y si no hay ni gibelinismo ni Imperio, tampoco hay güelfos y pontificales. Aquellas ciudades de la inmortal liga lombarda, levantadas á los conjuros de Alejandro III en guisa de legion tebana, para luchar con áureas armas en épicos combates y traer al seno de la Edad media italiana las inspiraciones del cielo con las artes y los productos de la tierra, sí, aquellas ciudades tan ilustres que bastaban por sí solas á embellecer una region y á immortalizar una historia, no se mueven, cual si hubieran quedado petrificadas en el mármoleo panteon de sus recuerdos. Si Benito XI, sucesor de Bonifacio VIII, tuviera estas ciudades á las espaldas, luchara por la libertad del Pontificado, y no se viera constreñido á abrogar los decretos de su antecesor, á rehacer la fortuna de los Colonnas, á transigir con los reyes de Francia. Este Pontífice nuevo declara y sostiene un principio en Roma, cuando está sujeto á la inspeccion de los partidos franceses, el principio de abrogar las leyes de su antecesor, y luego, al salir de Roma, al recorrer las pocas ciudades fieles que aun le quedaban, al recluirse en Perugia de cuya fidelidad está cierto, al verse libre vuelve á restablecer los mismos decretos abrogados, y vuelve á excomulgar á los mismos restablecidos en su honor, en sus riquezas y en sus dignidades. Presente hasta el postrer minuto en la tragedia de Anagni, compañero del Papa Bonifacio en sus últimas angustias, herido por aquel terrible desacato, defendiera su autoridad á todo trance, de no vedársele el vacío en que se encontraba. Y asimismo, en cuanto quiso desplegar alguna fuerza y tener alguna autoridad, murió súbitamente, murió de profunda pena, en tal misterio que los pueblos le creyeron envenenado con un plato de higos. No era posible la resistencia cuasi individual de Benito XI, cuando le faltaban fuerzas que le ayudasen á resistir y á vencer.

La destruccion del Imperio, que equilibraba su autoridad con la autoridad del Pontificado, trajo el predominio moral de Francia; y el predominio moral de Francia trajo á su vez el cautiverio material de Avignon. Nada tan doloroso como el espectáculo de esta época; los reyes circuyendo y amenazando la autoridad eclesiástica; el sacro colegio dividido en cardenales franceses y car-

denales italianos; la campiña y la ciudad de Roma desgarradas por tres facciones feudales igualmente implacables, por los Orsinos, por los Colonnas y por los Gaetanis; cada contendiente alistando extrañas legiones para sostener y exacerbar la guerra universal que llovía sangre por todas partes y que representaba los últimos estertores del feudalismo militar y teocrático y las primeras sombras del ocaso á que iba acercándose á mas andar la Edad media para ceder lugar necesario al espíritu amplísimo de los modernos tiempos. En estas críticas condiciones reunióse el conclave, que debia nombrar al sucesor de Benito XI, designacion verdaderamente peligrosa y difícil. Así, tras mucho tiempo vinieron á bien extraño acuerdo, á que los cardenales italianos propusiesen tres nombres para el solio pontificio pertenecientes á naciones de allende los Alpes; y de estos tres nombres debian elegir uno los cardenales franceses. Muévase la historia por bien extraños movimientos. Poco antes de que el Imperio romano sucumbiese á la irrupcion de los bárbaros, nótese en las antiguas provincias un movimiento universal á formar y constituir Estados aparte, cual si presintieran los pueblos, de la misma suerte que algunas aves agoreras, la formacion y el estallido de las grandes tempestades. Y antes de que la revolucion religiosa se formule, antes de que la protesta surja, antes de que la reforma venga, divídense los cardenales en bandos diversos pertenecientes á diversas nacionalidades, como para mostrar que la ley de variedad iba prontamente á sobreponerse á la ley de unidad representada por el Pontificado y por el Imperio. A este movimiento natural de los hechos unióse, como siempre, alguna rara coincidencia histórica, que los empujó y los desenvolvió en el sentido de su propio impulso. Pusieron los italianos tres nombres contrarios al rey Felipe el Hermoso y amigos del Papa Bonifacio VIII; los tres franceses. En grande apuro se encontró el cardenalato de Francia, viéndose constreñido á elegir un adversario de su propio rey. Lo único que pudieron hacer ante tal aprieto fué dar tiempo al tiempo y prevenir al rey que habian elegido de los tres cardenales el mas débil y el menos constante, á fin de que pudiese llamarlo á sí y someterlo ó con dádivas ó con amenazas. No perdió tiempo en verdad Felipe el Hermoso, que llevaba con grande arte y maña su guerra contra el Pontificado. Era el Papa elegido un francés, arzobispo de Burdeos, llamado Beltran de Got, y originario de tierra de Gascuña. Hombre

de cortos alcances y de largas ambiciones, impaciente de ejercer un cargo tan alto como el de Pontífice, á pesar de que así como no tasaba su grande responsabilidad, no conocia su gloria y su grandeza. Felipe se apresuró á citar al nuevo Papa á viejo convento de apartado bosque. En el instante aquel ignoraba aun el cardenal su increíble fortuna, y Felipe le anunció que él podia procurársela con tal que accediera graciosamente á seis condiciones, de antemano propuestas. El arzobispo accedió á todo. Y en cuanto hubo accedido, el rey le mostró las cartas que le anunciaban su eleccion. Oirlo y volverse como loco, obra fué de un minuto. Ya levantaba los brazos al cielo, ya caia de rodillas en tierra, ya se tornaba á los santos de su monasterio para darles gracias por aquel milagro, ya se abrazaba al cuerpo del rey y hasta le lamia las plantas como un perro. El rey propuso las condiciones siguientes: primera, reconciliacion del Papa con Francia; segunda, levantamiento de todas las excomuniones; tercera, cesion de los diezmos del reino á la monarquía para la guerra; cuarta, anatema sobre la memoria de Bonifacio; quinta, reintegracion de los Colonnas en todos sus bienes; y se calló la sexta, infiriéndole la injuria de imponerle por fuerza la aceptacion de esta última, sin dársela á conocer de ninguna suerte. Beltran pasó por todo, lo aceptó todo, convino en todo, con tal que le nombraran Papa. Juró sobre la hostia consagrada, y como si no bastase este juramento entre un Pontífice y un monarca, entregó como en fianza, por rehenes, á su propio hermano y á dos de sus sobrinos. No podia darse mas imperio en el monarca, mas humildad en el Pontífice, ni mayor rebajamiento en todos.

Despues de esto ¿qué significaba el cautiverio material de los Papas en Avignon, sino la consagracion de la cautividad moral ya consumada á los piés de los reyes de Francia? Esa escena de la abadía y del bosque, dramáticamente contada por Villani en su maravillosa historia, prueba, mas que cuantos argumentos pudiéramos aducir y cuantas reflexiones pudiéramos hacer, la decadencia irremediable ya del Pontificado. Escribieron los cardenales al Papa, conjurándole á que fuera inmediatamente á Italia. Y el Papa contestó á los cardenales mandándoles que fueran inmediatamente á Francia. Mateo Orsini quedó absorto, al oír tal mandato; y anunció proféticamente que tardaria mucho tiempo el Pontificado en volver de Francia á Italia. Y

esta residencia en Avignon, que empieza tristemente con el Papa vendido de esa simoniaca suerte á Felipe el Hermoso; esa residencia increíble quitó al catolicismo su universalidad, á la Iglesia su prestigio, al clero su independencia de los poderes civiles, al mundo occidental aquella unidad romana, la cual pudo resistir á las irrupciones de los bárbaros, á las intrigas de los bizantinos, á los asaltos de los lombardos, á los golpes de los emperadores germánicos, á las victorias de los asiáticos en Oriente y no á las cábalas de un mísero régulo de Francia, á quien llamaba monedero falso en versos inmortales el primer poeta épico de la Edad media. Lyon fué designada para consagrar al Papa francés; y ardió durante muchos días en fiestas y en sa-raos. Las ceremonias de la coronacion llegaron á competir con las ceremonias de Roma. Salió á caballo el Papa con la tiara en la frente, llevando á pié y al rededor suyo los reyes y los príncipes de la casa real de Francia, que alardeaban, en apariencia, de palafreneros y eran, en realidad, señores. Al pasar por una de las mas concurridas calles, ruinoso pared cargada de espectadores se vino á tierra: y el Papa fué despedido de su caballo, cayéndosele un brillante magnífico; y el Príncipe Cárlos de Valois mortalmente herido; y el régio Duque de Bretaña aplastado bajo los escombros. Siguió á la ostentosa coronacion brillantísimo banquete. En platos de fabulosa riqueza sirviéronse manjares propios de una cena de Trimalcion, y en copas de oro escanciáronse vinos de todas las regiones de Europa. A los vapores de la digestion, á los vértigos de la embriaguez, al ruido de la música que enardecia en las venas la sangre de aquellas gentes, empeñóse una querella; y á consecuencia de esta querella, desnudáronse los aceros, y una vez desnudos los aceros, empeñóse tal combate que murieron allí algunos cardenales, y entre ellos, el hermano mismo del Papa. Prostituida de esta suerte la dignidad pontificia, nada debe extrañarnos de todo cuanto refieren las crónicas del tiempo: nada que una señora presidiese la corte pontificia cual si fuese una corte de amor; nada que una nube de familiares cayese sobre los obispados y los talase; nada que el pueblo dijera del Papa que si él chupaba la sangre popular, una sanguijuela le chupaba la sangre á él; nada que los reyes pidiesen cada día nuevas facultades de las privativas del Pontífice; nada que Nogaret reclamase la condenacion póstuma de Bonifacio VIII, como si condenar á un Papa

no equivaliera en el fondo á condenar toda la institucion; nada que Clemente V resultase el capellan mayor de Felipe el Hermoso y el mayor sacristan de la Iglesia de Francia; nada que nuevas pretensiones de los jurisconsultos y de los monarcas, esos enemigos jurados de los Papas, vinieran, como en nombre de un dominio eminente, á reclamar rentas eclesiásticas, facultades religiosas, jurisdiccion espiritual: que todos estos males aquejan á los altos poderes cuando llegan á esos períodos críticos de su irremediable decadencia.

La cautividad de Avignon, triste ignominia unida siempre al maldecido nombre de Clemente V, determina uno de los mayores sucesos de la historia; porque determina la abolicion de la orden religiosa de los templarios. Si os parais á contemplar los cuadros místicos de la Edad media, los trazados por el pincel divino de Fra Angélico de Fiessoli, descubriéis sobre el fondo de áurea luz, que diriais increada y consustancial con la divinidad misma, Cristo en su solio sustentado por las etéreas alas de sus ángeles; y luego, segun su dignidad, su primacia, sus títulos religiosos, en orden jerárquico sobrepuestas unas á otras, todas las potestades del cielo, todas las estirpes angélicas, todos los bienaventurados, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Doctores, Mártires, Vírgenes, Beatos, Santos de todas clases que elevan los ojos con arrobos, que despiden himnos de sus labios con vívido entusiasmo, que lucen las aureolas semejantes al centelleo de los astros, que agitan las verdes palmas del combate ó llevan los sacros símbolos del sacrificio, componiendo la milicia celeste, de cuyo concurso se vale el Eterno para llevar sus mandatos á los mundos, para encender el fuego en los soles, para pintar de azul los cielos, para enardecer y consolar á las almas; ideal verdadero este y norma teológica de la Iglesia católica donde el Papa como un Dios asentado en su trono preside los Cardenales vestidos de escarlata como reyes, los Arzobispos y Obispos con sus mitras orientales y sus brocados esplendorosos, los clérigos seculares, las órdenes monásticas desde aquellas que envueltas en estameña como el cadáver en la mortaja y consagradas al ayuno y á la maceracion, se confunden con los solitarios y los penitentes de la Tebaida y de la Palestina, hasta aquellas que vestidas de blanco, acorazadas tras su peto de acero, ceñidas con sus refulgentes cascos, armadas de armas damasquinas, seguidas